

Conversación en México con Alfonso Alcalá Alvarado

Josep-Ignasi SARANYANA

El Dr. Alcalá Alvarado¹ me recibe en la soleada mañana del 2 de octubre de 2000, en uno de los salones de la Parroquia de la Santa Cruz del Pedregal, situada en los la Colonia Jardines de Pedregal de la Ciudad de México. Allí, en ese hermoso lugar de la capital mexicana, va a tener lugar nuestra conversación.

Infancia y primeros estudios

Pregunta: Nació usted en el Estado de Guanajuato...

Respuesta: Concretamente en Celaya, en el centro geográfico de México. Mi padre fue Francisco Alcalá Urbaneja, originario de Yurécuaro, Estado de Michoacán, y mi mamá Severina Alvarado de la Paz era originaria de Degollado, Estado de Jalisco. Ambos pueblos están vecinos, sólo separados por el río Lerma, el cual desemboca en la laguna de Chapala. También esos pueblos son fronterizos con el Estado de Guanajuato.

P. En que trabajaba su padre.

R. Mi padre tenía el cargo de cajero local, en Celaya, de la Compañía Inglesa de Petróleos El Águila.

1. El Dr. Alfonso Alcalá Alvarado nació en Celaya (Estado de Guanajuato), al este de la ciudad de Guadalajara y a unos doscientos sesenta kilómetros al noroeste de la Capital Federal de México, el 6 de agosto de 1927. Pertenece a la Congregación de los Misioneros del Espíritu Santo. Recibió el presbiterado en Roma, el 1 de febrero de 1953. Licenciado en Sagrada Teología en el Pontificio Ateneo Angelicum (ahora Universidad de Santo Tomás) de Roma, en 1953. Doctor en Historia Eclesiástica por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, en 1963. Diplomado en Biblioteconomía por la Biblioteca Apostólica Vaticana, en 1963. Desde 1982 es miembro del Pontificio Comité de Ciencias Históricas. Ha sido Secretario general del Instituto Superior de Estudios Eclesiásticos de México, de 1967 a 1974, Vicerrector del mismo de 1978 a 1981, y Decano de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad de México de 1982 a 1983.

P. La época difícil de los petróleos, los tiempos de la nacionalización...

R. En efecto. Recuerdo que, de chico, las conversaciones de mis padres reflejaban la preocupación de mi padre que temía que la nacionalización del petróleo significara su despido. El Águila era una empresa extranjera. Pero, afortunadamente Lázaro Cárdenas² no despidió a todos los empleados, y mi padre pudo seguir en la nueva empresa, denominada Petróleos Mexicanos (Pemex) desde la nacionalización. Corría 1938.

P. Su mamá estaría en casa al cuidado de la familia. ¿Cuántos hermanos fueron ustedes?

R. Yo fui el primogénito. Fuimos en total once hermanos, aunque cuatro murieron siendo muy pequeños, de apenas unos meses. Así que somos siete hermanos que nos conocemos y hemos convivido, hasta 1989, en que murió mi hermano Tarsicio, los demás vivimos todavía.

P. Quizá le llegase algún eco de la guerra cristera³...

R. De la guerra cristera, que se desarrolló entre 1926 y 1929, no recuerdo absolutamente nada, ni de la persecución religiosa de esos años. Yo nací en ese tiempo. Fue fundamentalmente un movimiento campesino y católico que luchó a favor de la libertad de la Iglesia. Podría añadir que mis padres se casaron a escondidas, en la casa de unos amigos, a la que acudió el señor cura para asistir al matrimonio de mis padres. Los matrimonios católicos se celebraban prácticamente de este modo.

P. ¿Fue fácil su bautismo?

R. Mi bautismo no tuvo lugar hasta que me trajeron a México, a la casa de mis abuelos, en enero de 1928.

P. Se retrasó bastante...

R. Sí. Era la época difícil, la época de los mártires mexicanos. En 1927, en que yo nací, fue fusilado el jesuita P. Miguel Agustín Pro⁴, recientemente beatificado.

P. ¿Qué le evoca su colegio?

R. No recuerdo el nombre de mi primer colegio. Sólo, que estaba a cargo de las señoritas Esperanza e Isabel Olalde. En aquel tiempo no había *kinder*, sino colegio de párvu-

2. Lázaro Cárdenas del Río (1895-1970) fue presidente de la República Mexicana entre 1934-1940.

3. Movimiento armado con motivo del conflicto religioso de 1926 a 1929. Con ocasión de un decreto del presidente Plutarco Elías Calles, de 2 de julio de 1926, reformando el Código Penal, hubo una serie de levantamientos aislados, la mayor parte en Jalisco, Guanajuato, Guerrero, Michoacán y Zacatecas. En enero de 1927 se produjo un levantamiento general. Los combatientes, gente sencilla católica la mayor parte, algunos pocos eran antiguos villistas, zapatistas y miembros del ejército federal licenciado en 1914 por Carranza. El gobierno llegó a un acuerdo con los católicos mediante un *modus vivendi*, el 21 de julio de 1929.

4. Miguel Agustín Pro (1891-1927) entró en la Compañía de Jesús en 1911. Hizo estudios en España. Fusilado, sin proceso judicial, el 28 de noviembre de 1927, falsamente acusado de haber participado en un atentado contra el General Álvaro Obregón. Beatificado por Juan Pablo II en 1988.

los, donde uno aprendía solamente a contar. Después se pasaba a la primaria. En este segundo colegio nos prepararon a la primera comunión. Recibí la primera comunión en el Templo del Carmen de Celaya, el 8 de junio de 1934, fiesta del Sagrado Corazón. Desgraciadamente al año siguiente ese centro escolar fue suprimido por Lázaro Cárdenas, que persiguió la enseñanza privada, según la mentalidad socializante, casi comunista, de la época. Entonces mi padre me matriculó en el Colegio Justo Sierra, dirigido por el Señor Miguel Martínez, amigo suyo. Allí hice cuarto, quinto y sexto de primaria, en que terminaron mis estudios oficiales, porque a partir de ese momento entré en la escuela apostólica de los Misioneros del Espíritu Santo, con una decidida vocación sacerdotal.

Los Misioneros del Espíritu Santo

P. Retrocedamos un poco en el tiempo. ¿Por qué no nos habla de la Congregación de los Misioneros del Espíritu Santo?

R. La Congregación de los Misioneros del Espíritu Santo fue fundada en 1914 por un Padre marista: Félix de Jesús Rougier⁵. Aunque la fundó en 1914, ya desde 1903 traía esa idea, en cierta manera inspirado y movido por la Sra. Concepción Cabrera de Armida⁶, una

5. Félix de Jesús Rougier nació en Meilhaud (Auvergne), Francia, en 1859. En 1878 ingresó en la Sociedad de María (maristas). Fue ordenado sacerdote en Lyon, el 24 de septiembre de 1887. Fue enviado misionero a Colombia (1895), tuvo que salir de allí, por la persecución y la guerra civil de 1899, al sobrevenir la revolución liberal, y pasar a México en 1902. En México, en 1903, conoció a la Sra. Concepción Cabrera, viuda de Armida, siendo persuadido por ésta de que el Señor le llamaba a fundar la rama masculina de las Religiosas de la Cruz del Sagrado Corazón de Jesús, fundadas por ella. Reclamado por sus superiores maristas a Francia en 1904, no pudo regresar a México hasta 1914. Algunos Obispos Mexicanos promovieron su regreso a México para fundar la proyectada congregación. El día de Pentecostés, 4 de junio de 1911 dirigen al Santo Padre una carta en este sentido los siete Obispos siguientes: José Mora del Río, Arz. de México, Ramón Ibarra Arz. de Puebla, José de J. Ortiz, Arz. de Guadalajara, Francisco Mendoza, Arz. de Durango, Leopoldo Ruiz y Flores, Arz. de Linares, Emeterio Valverde Téllez, Ob. de León, y Miguel de la Mora, Ob. de Zacatecas. Entre tanto el P. Félix estuvo en Barcelona (de 1904 a 1909) y en Saint Chamond (1909-1914). Fundó la Congregación de los Misioneros del Espíritu Santo en la Ciudad de México, en 1914. En 1928 se le concedió permiso para abandonar a los maristas y pasar a la Congregación que él había fundado. Murió en olor de santidad en el Distrito Federal, el 10 de enero de 1938. Está abierto su proceso de beatificación. La Congregación obtuvo el *decretum laudis* el 12 de diciembre de 1931, y la aprobación definitiva de sus constituciones el 12 de diciembre de 1939. Véase Alfonso ALCALÁ ALVARADO, *Misioneros del Espíritu Santo*, en *Enciclopedia de Orientación Bibliográfica*, Flors, Barcelona 1964, II, pp. 266-267; e ID., *Misioneros del Espíritu Santo y Rougier, Felix*, en *Dizionario degli Istituti di Perfezione*, Edizione Paoline, Roma 1974 ss., V, col. 1496-1500; y VII, col. 2.048-2.050.

6. María de la Concepción Cabrera de Armida (1862-1937) nació en San Luis Potosí. Casada con Don Francisco Armida en 1884, tuvo nueve hijos. Enviudó en 1901. Fundó la Congregación Femenina de las Hermanas de la Cruz del Sagrado Corazón de Jesús. Viajó a Roma en 1913, para ser examinada por los mejores especialistas en mística cristiana, para que dictaminaran sobre sus revelaciones privadas. Trabajó intensamente para que nacieran los Misioneros del Espíritu Santo. Murió en México, en olor de santidad, el 3 de marzo de 1937. Está introducida su causa de beatificación.

dama, viuda, con nueve hijos, que deseaba esta fundación como una congregación masculina, que correspondiera a la congregación femenina de las Religiosas de la Cruz, que ella antes había fundado por medio del jesuita Alberto Mir⁷.

P. ¿Cómo es tan distinto el nombre de la rama femenina y de la rama masculina?

R. La Santa Sede se puso muy en guardia contra ciertos rumores calumniosos, que circularon contra de la Sra. Armida. La acusaban de falsa mística y de ilusa. Por esta razón, el nombre de Religiosas de la Cruz, que se había pensado al principio, fue visto con prevención. Cuando se advirtió que el obstáculo era sólo la denominación, el Papa Pío X determinó que el nombre fuera Misioneros del Espíritu Santo.

P. He aquí una cosa curiosa: que el P. Rougier continuó marista mientras fundaba una congregación distinta...

R. Como el superior general marista no consintió que el P. Félix se saliera para fundar, Mons. Ramón Ibarra⁸, arzobispo de Puebla, y los demás obispos mexicanos que estaban interesados en nuestra fundación, se avinieron a que la Sociedad de María «prestara» a nuestro Padre. De modo que el P. Félix estuvo en «préstamo» desde 1914 hasta 1928, en que, por fin, pudo ya tomar el nuevo hábito y profesar en la congregación que él mismo había fundado. El P. Félix no quería salirse de la Sociedad de María sin la autorización de sus superiores. Nunca quiso abandonar la Sociedad de María, forzando las cosas, por muy convencido que estuviera de la bondad de la nueva fundación.

P. Entre el año 1903, en que tuvo sus primeras conversaciones con la Señora Armida, y el 1914, en que llevó a cabo la fundación, ¿qué vida llevó?

R. Con anterioridad, el P. Félix había residido en Colombia. Al sobrevenir la revolución liberal en 1899, los religiosos tuvieron que exiliarse, y él fue destinado a México, donde los maristas tenían la Parroquia francesa, en el antiguo Colegio de la Inmaculada Concepción, llamado popularmente el Colegio de las Niñas. Allí conoció a la Señora Armida. Al poco, sus superiores lo llamaron a Roma, vieron el asunto, no les pareció conveniente y entonces, con prohibición expresa de que se comunicara con la Señora Armida y con los obispos mexicanos, fue destinado a Barcelona, a enseñar castellano a los pequeños catalanes. En 1908 fue destinado a un colegio francés de Saint Chamond, hasta que intervinieron los obis-

7. Alberto Mir y Cuscó (1852-1916) ingresó en la Compañía de Jesús en España, en 1872. Se trasladó a México a fines de 1886. Regresó a Europa en 1882, donde terminó sus estudios y recibió la ordenación sacerdotal. Volvió a México, de donde fue desterrado en 1895. En 1896 estaba de nuevo en México. Apoyó en su fundación a la Sra. Armida, hasta que se separó de ella, por divergencias sobre la orientación de las Religiosas de la Cruz, fundando él entonces la Congregación de las Hermanas de la Pureza de María. Falleció el 22 de diciembre de 1916, en Marfa, Texas.

8. Ramón Ibarra y González (1853-1917) fue alumno del Colegio Pío Latinoamericano. Doctor en Filosofía, Derecho Canónico y Civil, y Teología. Obispo de Chilapa (1890-1902) y de Puebla (1902-1917), con la dignidad de arzobispo desde 1903. Creó la Universidad Católica Angelopolitana, en 1907. Véase Alfonso ALCALÁ ALVARADO, *Un perfil episcopal: Monseñor Ibarra*, en «Signo del Reino de Dios» 14 (México 1977) 177-185.

pos mexicanos. Entonces entraron en escena los Señores Greville, que son para nosotros grandes bienhechores. El Señor Georges Greville había sido embajador de México en tiempos de Don Porfirio⁹, de tal manera que era un personaje muy importante, sumamente afecto a nuestro Padre Fundador y, sobre todo, su esposa, que se puede decir que era dirigida espiritual del P. Félix, y las dos hijas del matrimonio, que después entraron de religiosas, aun cuando continuaron bajo la dirección espiritual del P. Félix durante mucho tiempo. La familia Greville logró vencer la resistencia del superior general marista. Y así pudo regresar a México el P. Félix...

P. ¿Viajó en plena Guerra Mundial?

R. Él iba ya en el barco, camino de México, cuando conoció el estallido de la Guerra. De otra manera quizá no habría podido salir de Francia. Y llegó a Veracruz en el peor momento, cuando las tropas revolucionarias prácticamente habían vencido a los ejércitos federales. Por ello, nuestra fundación se verificó casi en secreto, el 25 de diciembre de 1914, en una capillita que ya no existe, que estaba enfrente a la capilla de El Pocito, en el Tepeyac. Verá: los Álvarez Icaza habían construido una capilla muy chica, de su propiedad, frente a El Pocito. Se llamaba Capilla de las Rosas, porque se cree que allí la Santísima Virgen María esperó a Juan Diego, mientras él subía al monte a cortar las rosas, y donde, según la tradición, Ella las puso en su tilma y lo mandó al obispo Zumárraga.

Pues bien; casi de incógnito se presentaron en esa capillita: Mons. Ibarra, que llevaba la autorización de la Santa Sede para erigir el noviciado; el P. Félix, con los dos primeros novicios, uno de los cuales, el P. Moisés Lira, primer discípulo de nuestro Padre, está en proceso de beatificación y el P. Domingo Martínez; la Señora Armida, a la que familiarmente, en el ámbito de nuestra Congregación, acostumbamos a llamar nuestra Madre, con dos religiosas de la Visitación, el sacerdote acompañante de Mons. Ibarra, el P. Villa. A puerta cerrada, ante este grupo tan pequeño, y a escondidas, se fundó la Congregación, porque la zona de la Basílica de Guadalupe estaba tomada por las tropas de los revolucionarios Villa y Zapata¹⁰, victoriosas del dictador Victoriano Huerta¹¹. Esas tropas se habían apoderado de la ca-

9. Porfirio Díaz (1830-1915), general del ejército mexicano, presidente de la República de 1877-1880 y de 1884-1911, gran constructor y administrador. Murió en París, después de abandonar México, derrotado por Francisco I. Madero, al intentar una nueva reelección.

10. Francisco Villa, más conocido como Pancho Villa (1878-1923), líder revolucionario que se levantó contra Porfirio Díaz a finales de 1910. El norte de México fue su zona principal de operaciones militares. Emiliano Zapata (1879-1919), símbolo del agrarismo mexicano y líder populista, se lanzó a la lucha revolucionaria a finales de 1911. Combatió contra los presidentes Francisco Madero y Victoriano Huerta.

11. Victoriano Huerta (1845-1916), militar nacido en Jalisco, combatió a los zapatistas en el Estado de Morelos. Siendo comandante militar de la Ciudad de México, traicionó al presidente Madero, al que mandó prender y del que obtuvo su renuncia como presidente. En 1913 logró que el Congreso mexicano lo invistiera presidente de la República. Cuatro días después fue asesinado Madero, por instigación de Huerta. En julio de 1914, tuvo que renunciar, quebrantado su ejército por los villistas, y salió del país. Murió en los Estados Unidos el 13 de enero de 1916, mientras estaba en una prisión militar norteamericana.

pital, cometiendo muchos de desmanes. ¡Es increíble el momento en que nuestro Padre Fundador empezó la Congregación!

P. ¿Qué recuerdos guarda Vd. de su Padre Fundador?

R. No tuve la suerte de conocerle directamente, pues murió en 1938 y yo entré en 1939. Pero, traté casi a todos sus primeros compañeros y discípulos.

Vocación religiosa y estudios eclesiásticos

P. En el Colegio de Justo Sierra terminó sus estudios...

R. Como ya le dije, acabado el sexto año entre a la escuela apostólica de los Misioneros del Espíritu Santo, en Tlalpan, pequeña población al sur de la Ciudad de México, cercana a la capital, donde en ese tiempo radicaba la única escuela apostólica que teníamos.

P. Estamos en el año...

R. Corrían los principios de 1939. Allí cursé las Humanidades. Se estudiaba latín durante cuatro años. Todos los días, la primera lección estaba dedicada al latín: media hora de estudio, una hora de clase, y luego deberes, durante otra hora; de manera semejante se estudiaba cuatro materias al día. También se estudiaba algo de griego, bastante español, Historia y un poco de Física, Química, Matemáticas. Tuvimos, pues, una formación humanística muy sólida.

P. ¿Qué nos puede contar de la vida en la escuela apostólica?

R. Transcurrían los últimos meses de la Guerra civil española, que influyó mucho en nosotros. Éramos partidarios de la causa franquista, cosa lógica por el contexto en que nos desenvolvíamos en México. Nos daba mucho gusto que allá, en España, no venciese el comunismo. Sabíamos cantar el *Cara al sol*¹². Y teníamos un Padre muy partidario de Franco, que aprovechaba los paseos para contarnos las victorias... De la Guerra española podría decirle muchas cosas; en cambio, de la Guerra cristera no recuerdo apenas nada. Así, pues, de chico vibré con la victoria del General Franco. Puede que esto no se entienda ahora. Pero, en aquel tiempo, era la gloria que el comunismo ateo hubiese sido derrotado y que hubiese triunfado la fe cristiana. Para nosotros, en aquellos años, esos católicos españoles eran unos héroes. Recuerdo también que el gobierno español republicano se vino a México, donde se constituyó un gobierno en el exilio, lo cual nos pareció un tanto ridículo... Le repito, debe entenderse nuestra reacción en el contexto de las grandes dificultades padecidas por la Iglesia mexicana, perseguida por un régimen político que aceptaba muchos postulados marxistas...

P. Terminados sus estudios humanísticos, que duraron cuatro años...

R. Tuve dos años de noviciado. Después siguió un período breve de servicio social, de un año o año y medio. Luego, los dos cursos de Filosofía, en el escolasticado de Coyocacán, hermoso barrio capitalino, que ha conservado todo su sabor colonial.

12. Himno de Falange Española, muy popular en aquellos años.

P. Hablemos de esa época, por favor.

R. Nuestros profesores se habían formado en nuestra casa de Roma. Unos habían estudiado en la Gregoriana y otros en el Angélico. El profesor que nos produjo más impacto, muy inteligente y muy hábil, fue el P. Roberto de la Rosa, que había sido discípulo directo del P. Garrigou-Lagrange¹³, en las mejores épocas de éste.

P. Además, el P. Garrigou-Lagrange había sido consejero del P. Félix...

R. En efecto. Cuando nuestro Padre fundó la casa de Roma, en 1926, tuvo mucho contacto con el P. Garrigou-Lagrange. Los dos estuvieron de acuerdo en que nosotros deberíamos ser formados muy sólidamente en la teología tomista, y muy particularmente en la disciplina de Ascética y Mística, que sería como la rama teológica preferida de nuestra Congregación. Estas eran, por lo que he leído y lo que sé, las ideas que tenía el P. Félix de Jesús y que comunicó al P. Garrigou-Lagrange. Yo todavía alcancé a conocer al P. Garrigou-Lagrange en los años 51 al 53 en su última época, aunque continuaba siendo un profesor muy serio, del que me impresionó el interés que fomentaba en los alumnos por la teología tomista. Esta fue la base más sólida de mi formación: estudié las fuentes, dejando un poco de lado otros libros más secundarios... Evidentemente, no descuidábamos los teólogos modernos, pero teníamos siempre como fundamento y base la *Summa theologiae*, que nos acostumbramos a leer, casi diría, al revés y al derecho...

P. O sea que el P. De la Rosa es el que más le influyó, mientras cursaba en Coyoacán...

R. Fue, verdaderamente, el que más contribuyó a formar nuestro criterio: quien nos enseñó a pensar. No rehuíamos la lectura directa en latín de los grandes comentadores de Santo Tomás, como Cayetano y Juan de Santo Tomás. Sabíamos francés, lo que nos permitía el acceso inmediato a las grandes obras escritas en esa lengua. Y, sobre todo, estábamos inmersos en un ambiente muy fuerte de trabajo y disciplina, que siempre fue característica de nuestras casas de estudio.

Primera etapa romana

P. Cuando terminó la Filosofía, marchó a Roma...

R. A finales de 1948 me destinaron a Roma.

P. Estaría Italia destruida, después de la Segunda Guerra Mundial...

R. Completamente destruida. Recuerdo algunos paseos a Velletri, a los Castelli Romani, que estaban muy deteriorados. Es más; los hermanos que estuvieron allí durante la

13. Réginald Garrigou-Lagrange (1877-1964), teólogo francés, dominico, se ordenó sacerdote en 1902. Estudió Teología en Le Saulchoir. Comenzó a enseñar en Le Saulchoir en 1905. En 1909 fue designado profesor de Teología dogmática en el *Angelicum* de Roma. Desde los años veinte prestó especial atención a la Teología espiritual. Su obra más notable, en esta disciplina, es *Las tres edades de la vida interior* (1938).

guerra contaban que se hallaban por doquier cascos militares y muchos restos de las batallas... Pienso sobre todo en Magliano, un pequeño pueblo cercano a Roma, donde se fundó un noviciado, en el que había armamento que no había explotado, del que sacábamos la pólvora, que prendíamos, como infiernos (especie de juegos pirotécnicos), que encendíamos y daban grande luz. No sé cómo no nos matamos jugando con esas cosas... Como ya le dije, había cascos ingleses y alemanes, de modo que los muchachitos de Magliano, que asistían a la catequesis, jugaban a guerras... Esos son mis recuerdos de mi primera época italiana.

P. ¿Y de sus estudios en Roma?

R. Llegado a Roma, me matriculé en la Gregoriana y tuve que seguir un año complementario de Filosofía, después del cual vino el primero de Teología, con profesores jesuitas. Recuerdo mucho al P. René Arnou, francés, que nos daba Teología Fundamental y De Deo Uno. Su texto me gustaba mucho, porque era muy claro. En Moral tuvimos al P. Abellán. El P. Engelbert Kirschbaum nos daba clase de Arqueología. Como se sabe, él perteneció a la comisión de las excavaciones vaticanas... Recuerdo con mucha emoción cuando nos llevó a visitar la tumba de San Pedro... Ahora es muy fácil entrar allí, incluso hay giras turísticas organizadas. Pero, en aquel tiempo, el ingreso estaba muy restringido. También me dio clase el P. Ludwig Hertling, célebre historiador de la Iglesia, al que tuve nuevamente de profesor cuando regresé a Roma, al cabo de los años, a doctorarme en Historia de la Iglesia.

Pasado aquel segundo año en Roma, vino un nuevo superior general de mi Congregación, que decidió que de los catorce que íbamos a pasar a segundo de Teología, ocho se quedaran en la Gregoriana y seis nos matriculásemos en el Angélico. Debo confesar, con arrepentimiento, que me dio mucho coraje cambiar de Universidad; pero, después con el tiempo, percibí el valor y la utilidad de tal cambio, de modo que mi formación depende mucho de la Teología que cursé en el Ateneo dominicano. Allí tuve a profesores aparte del P. Garrigou-Lagrange, el P. Raymond E. Brown, que después fue maestro de la Orden y finalmente teólogo pontificio o maestro del Sacro Palazzo, el P. Luis B. Gillon, el P. Paul Philippe... Con éste realicé un trabajo de Licenciatura sobre la obligatoriedad de las reglas monásticas. Tal ensayo me sirvió de mucho, sobre todo la cuestión histórica, en un tiempo en que todavía no aspiraba a dedicarme a la historia. En definitiva: acabé los estudios institucionales en el Angélico, cursando segundo, tercero y cuarto, y nos ordenamos en Roma, en 1953, trece sacerdotes, en la capilla de la casa general de los maristas, que está en Monteverde, como un homenaje a nuestro Padre Fundador, al cual ellos mismos quisieron mucho...

P. Después de su ordenación sacerdotal...

R. Regresé a México. El primer cargo que me dieron fue de ayudante del maestro de novicios, el P. Vicente Méndez, que había sido discípulo directo del P. Félix. Ese año y medio transcurrido en el noviciado de Tlalpan me sirvió mucho. Estimo como una gran gracia de Dios haber pasado mis primeros meses de sacerdocio junto a un religioso tan santo como el P. Méndez. Ya después, a partir de 1955 y hasta la fecha, he estado dedicado a la enseñanza. Muy pronto comencé mi docencia en el escolasticado de Coyoacán (1955-59), donde impartí diversas materias de Teología y de Filosofía.

La familia

P. Recordemos ahora algunas cosas de su familia de sangre... ¿Eran todos católicos practicantes?

R. De mis tíos por parte paterna —no lo supe hasta que fui sacerdote— uno de ellos combatió con las tropas gubernamentales contra los cristeros. Un día me dijo: «Mira, Alfonso: no vayas a creer que yo maté gente. Yo fui del ejército federal. Estuve bajo las órdenes de Ávila Camacho¹⁴, pero no maté a nadie. Yo solamente era telegrafista». Ciertamente fue uno de los telegrafistas. Pero, por lo menos, tenía cierto remordimiento de haber participado en la guerra. Acabó elevado al grado de general por Ávila Camacho, tanto que, en mi cantamisa, que fue en Celaya, cuando regresé de Roma, él asistió, vestido de uniforme militar, lo cual produjo una gran admiración entre los presentes, pues, como es sabido, en el ejército mexicano ha tenido una gran influencia la masonería, especialmente en los grados militares más altos. De ahí, la sorpresa de todos.

P. ¿Cuándo murieron su padre y su madre?

R. Mi padre murió en 1941. Mi madre todavía vive.

P. ¡Bendito sea Dios!

R. Tiene 98 años. Pobrecita, ya está muy débil. Yo voy todos los meses a verla. Afortunadamente allí están mis dos hermanas casadas y una soltera, que se ha quedado con ella. Descontando los cuatro hermanos pequeños que murieron, de los que no conocí, más que a uno, ya le dije que fuimos siete hermanos: cuatro hombres y tres mujeres. De los cuatro hombres, tres hemos sido sacerdotes: dos carmelitas descalzos (mi hermano Tarsicio, que murió en 1989, fue provincial de ellos en México, e Ignacio, que está aquí, en la diócesis de México); y yo, que soy religioso. El único hermano casado está en León (Guanajuato), con dos hijos. Una de las dos hermanas casadas es bisabuela, o sea que mi mamá es tatarabuela. La otra sólo es abuela... La mayoría de mis sobrinos y sobrinos nietos están en Celaya... En fin, gracias a Dios, ha sido una familia muy buena. He tenido la suerte de pertenecer a una familia católica, aunque nadie es perfecto en esta tierra...

Comienzos de la actividad docente

P. Volvamos a su carrera profesoral. Estamos en el año 1955, cuando empieza su actividad docente.

R. Ya le conté que, de 1955 al 59, durante cinco cursos, enseñé en el escolasticado de Coyoacán. Expliqué prácticamente toda la *secunda pars* de la *Summa theologiae* de Santo Tomás de Aquino durante tres años. Los dos años siguientes me pasé a la Filosofía. Tuve la

14. Manuel Ávila Camacho (1897-1965), brillante militar mexicano, que combatió a los cristeros, alcanzando el grado de general. Tomo posesión como presidente de la República en 1940, para terminar su mandato en 1946.

ocasión de impartir casi todos los tratados del bienio filosófico: Lógica, Metafísica, Crítica, Ética... La única que no di, porque nunca me ha gustado ni la he entendido, es la Cosmología. En el año de 1959, el rector de escolasticado, el P. Jesús Ma. Padilla, me tomó como ayudante para redactar la *ratio studiorum*, siguiendo la constitución apostólica *Sedes sapientiae*, de 31 de mayo de 1956. En uno de los números de las constituciones de nuestra Congregación se establecía que en las casas de estudio deberían ser doctores los profesores que impartiesen Teología dogmática, Moral, Derecho Canónico e Historia eclesiástica. Teníamos ya doctor en Dogma, en Derecho Moral y en Teología moral. Pero no teníamos doctor en Historia eclesiástica. Designaron a un profesor, que en ese tiempo dictaba Historia de la Iglesia, para que se fuese a Roma a doctorarse. Ya llevaba unos meses en Roma, cuando nos enteramos de que ese Padre se había puesto a estudiar Sociología. Con tal motivo me propusieron que lo supliera. Me dijo el prefecto de estudios: «¿Qué te parece volver a Roma a sacar el doctorado en Historia?». Este fue el primer chispazo que iba a orientar todo el resto de mi vida. Yo me puse a pensar. No me disgustaba la idea. Se me hacía incluso agradable. Tenga en cuenta que en esa época apenas contaba treinta y tres años: tenía buena vista, no necesitaba de anteojos, tenía buena salud, estudiaba mucho... Me imaginé otra vez en un aula de la Pontificia Universidad Gregoriana, tomando apuntes... Luego, Roma: las basílicas, los museos... Pues dije que sí.

Segunda estancia romana

P. Usted era un teólogo especulativo. ¿No extrañó dedicarse a la Historia?

R. Tenía un pavor inmenso a la Historia, porque pensaba que se trataba de algo muy difícil, que exigía investigar, ver archivos, leer papeles que uno no entiende... Con todo, me fui a Roma, a la Gregoriana, en la que existía la única Facultad de Historia (no sé si sigue siendo la única), y allí estudié del 59 hasta el 63, en que me regresé a México con el doctorado, es decir, transcurridos prácticamente cuatro años. Doy muchas gracias a Dios por ese cuatrienio. Además, no se podía cursar Historia eclesiástica sin haber estudiado antes la licenciatura en Teología. Una mente bien formada teológicamente supone una gran ventaja para la Historia de la Iglesia¹⁵.

P. Háblenos de sus profesores, por favor.

R. Tuve grandes profesores, que me educaron muy bien. Yo estimo el principal de todos el P. Ricardo García-Villoslada, navarro, recientemente fallecido. Fue el prototipo del profesor bueno, clásico, interesante. Soy un fanático de él. Todavía me extasía la lectura de su biografía de Lutero¹⁶. Debo también mi formación al P. Pierre Blet y al P. Ludwig Her-

15. Alfonso ALCALÁ ALVARADO, *Las relaciones entre Teología e Historia Eclesiástica: problemática actual de la Historia de la Iglesia Mexicana*, en «Libro Anual del Instituto Superior de Estudios Eclesiásticos» 6 (México 1977) 141, 159-165.

16. Se refiere a la obra: *Martín Lutero*. I. *Un fraile hambriento de Dios*, II. *En lucha contra Roma*, BAC, Madrid 1973, 2 vols.

ting. También recuerdo al decano P. Vincenzo Monachino, que explicaba Historia antigua. Guardo todavía los elencos de los alumnos y profesores. Uno de mis compañeros, Julio Gorriacho, es ahora canónigo en Pamplona, y durante muchos años fue Director del Centro Superior de Estudios Teológicos de la archidiócesis de Pamplona¹⁷. Por eso, cuando fui a Pamplona en 1995, para intervenir en el X Simposio Internacional de Teología, nos dio muchísimo gusto encontrarnos y saludarnos; lo pasamos muy bien, después de treinta y cinco años de no habernos visto¹⁸. Igualmente tuve el gusto de ver a otro compañero en Pamplona, a Víctor M. Arbeloa. De la Universidad Gregoriana recuerdo también con gusto a mis compañeros agustinos C. Alonso y B. Rano.

En definitiva, los profesores de la Gregoriana me resultaron muy gratos e interesantes, y los colegas fueron excelentes compañeros. Del único maestro del que tengo mal recuerdo es del P. Burkhard Schneider. Todo el mundo sabía qué preguntaba en los exámenes, siempre lo mismo, menos yo, que no me había enterado. Es la única mala nota que saqué. La pregunta era ésta: «Enumere la lista de los papas del Barroco, desde 1648», que son unos quince. Había que dar los nombres familiares, fechas, etc. Si me hubieran avisado me habría aprendido de memoria todos los datos... Por cierto, una vez entré en discusiones en clase con un alumno, jesuita americano, porque el P. Schneider dijo que la Constitución americana era un ejemplo clásico del iluminismo, y el americano repartió entre los alumnos unas hojitas protestando contra la apreciación del P. Schneider. Con todo estimo mucho al P. Schneider.

P. Durante su estancia romana debió visitar muchos archivos...

R. Una cláusula del reglamento de alumnos disponía que quien pidiese permiso para visitar un archivo extranjero sería dispensado de seis meses de escolaridad. Solicité autorización y me fui a España, donde estuve en el Archivo de Indias de Sevilla, aunque mi tesis iba por otros derroteros. Pero en Madrid consulte el Archivo Histórico Nacional y el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, donde se conserva toda la documentación de la Embajada de España ante la Sede. Esto me resultó de una gran utilidad para mi tesis doctoral.

P. ¿Sobre qué versó su tesis?

R. Sobre el restablecimiento del episcopado en el México independiente¹⁹. Elegí esa tesis, porque, en aquel tiempo, todo el archivo de Pío IX estaba cerrado. Sólo podía consul-

17. El Dr. Julio Gorriacho Moreno nació en Lerín (Navarra), en 1934. Recibió la ordenación sacerdotal en 1958. Está incardinado en la diócesis de Pamplona. Leyó su tesis en la Gregoriana en 1965, sobre el tema: «Los sucesos de la Granja y el Cuerpo diplomático». Desde 1969 es profesor en la Facultad de Teología del Norte de España (sede de Vitoria-Gasteiz) y Profesor visitante de la Universidad de Navarra. Ha sido Director del CSET de Pamplona de 1992 a 1998.

18. Alfonso ALCALÁ ALVARADO, *La enseñanza de la Historia de la Iglesia en América Latina*, en «Anuario de Historia de la Iglesia» 5 (1996) 151-170, reproducido en *Qué es la Historia de la Iglesia. Actas del XVI Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra*, EUNSA, Pamplona 1996, pp. 163-181.

19. ID., *Una pugna diplomática ante la Santa Sede: el Restablecimiento del Episcopado en México (1825-1831)*, Editorial Porrúa («Biblioteca Porrúa», 35), México 1967.

tar los tiempos de Gregorio XVI. Como la independencia de América había sido en 1821, me quedaba un resquicio muy pequeño para poder hacer la tesis sobre ese tema. Al comienzo, sin embargo, había pensado en una tesis sobre el siglo XVI. Por ello, había ido a visitar el P. Félix Zubillaga, especialista en cuestiones coloniales hispanoamericanas, quien me había dicho: «Le voy a recomendar una tesis muy interesante: la catequesis prebautismal en México²⁰. Porque hay que escoger tesis que sean muy polivalentes, que lo mismo puedan servir para Teología, que para Derecho Canónico o para la pastoral». Su idea me agradó, pero pregunté: ¿dónde están las fuentes? Resultaba que todas: los confesionarios, las crónicas, la correspondencia privada de los obispos y de los religiosos, las actas de las Asambleas eclesíásticas mexicanas anteriores al I Concilio Mexicano de 1555, ¡todas estaban en las bibliotecas norteamericanas, pues las habían robado de México o las habían comprado a quienes se las llevaron, principalmente en los tiempos de Maximiliano²¹! En la Biblioteca Vaticana no había ni rastro de tales polémicas.

P. ¿Y qué hizo entonces?

R. Con todo el dolor de mi corazón, tuve que abandonar ese tema y dedicarme al México independiente. El maestro de esa materia era el P. Miquel Batllori²², a quien estimo como mi padre intelectual y a quien siempre tuve como modelo de historiador. Me gustaba mucho la obra que había salido en ese tiempo acerca de las relaciones de la Santa Sede con Hispanoamérica, que el P. Batllori culminó con material del P. Pedro Leturia (fallecido en 1955) y con otro material que él consiguió posteriormente²³, durante su largo peregrinaje por Hispanoamérica, entre julio de 1949 y junio 1950. Pero, aparte de eso, él editó también el viaje de Giovanni Muzi, la primera misión de la Santa Sede a Chile (1823-25)²⁴. Siempre tuve la ilusión de hacer algo parecido. Por lo pronto, centré mi tesis sobre el México inde-

20. Alude a la polémica entre dominicos y franciscanos, sobre los requisitos mínimos para administrar el bautismo válida y lícitamente a los adultos indígenas, que fue un tema muy controvertido a lo largo del pontificado del obispo Juan de Zumárraga.

21. Fernando Maximiliano de Habsburgo (1832-1867). El 10 de julio de 1863, después de que el ejército francés tomara la ciudad de México, una Junta de Notables mexicanos declaró que la nación mexicana adoptaba la forma monárquica y ofrecía la corona a Maximiliano. Después de un plebiscito, celebrado en 1864, Maximiliano aceptó. Fue recibido calurosamente en Puebla y México. Después de una política poco afortunada, en 1867 abandonaron México las tropas francesas que sostenían, en buena medida, a Maximiliano. Maximiliano fue hecho prisionero por los republicanos y fusilado el 19 de junio de 1867.

22. Miquel Batllori nació en 1909. Ha sido director del Instituto Histórico de la Compañía de Jesús, desde 1958, y de la revista «Archivum Historicum Societatis Iesu» (de 1951 a 1969 y de 1974 a 1981), y profesor de Historia Moderna en la Pontificia Universidad Gregoriana entre 1952 y 1980. Ver las recientes memorias: *Miquel Batllori. Records de quasi un segle*, recollits per Cristina Gatell i Glòria Soler, Quaderns Crema, Barcelona 2000.

23. Se refiere a: Pedro LETURIA, *Relaciones entre la Santa Sede e Hispanoamérica*, Sociedad Bolivariana de Venezuela, Caracas 1959-1960, 3 volúmenes. El volumen tercero fue completado y revisado por Miquel Batllori.

24. Alude a: Pedro LETURIA-Miquel BATLLORI, *La primera misión pontificia a Hispanoamérica*, Biblioteca Apostólica Vaticana, Città del Vaticano 1963.

pendiente, para no meterme en temas del tiempo de la colonia española, tomando como base el Archivo Vaticano, que era lo que tenía a la mano. Elegí un tema que ya había sido estudiado, pero traté de darle un nuevo enfoque, porque ya el jesuita P. Luis Medina Asensio, a quien respeto muchísimo, porque ha sido uno de los mejores profesores que hemos tenido en México, lo había trabajado, aunque más bien desde el punto de vista político. Yo, en cambio, quise ilustrarlo desde la vertiente eclesiástica, o sea, la dificultad que suponía para la Santa Sede nombrar obispos presentados por gobiernos independentistas. En definitiva, la problemática del Patronato, reivindicado por las repúblicas independientes. Esa fue mi tesis y obtuve muy buena nota.

P. ¿Por qué se publicó en México, en la «Colección Porrúa»?

R. El P. Batllori, antes de regresar a México, me dio varios consejos. Primero, que consultara el Archivo General de la Nación, que es riquísimo, el que está ahora en la antigua cárcel de Lecumberri, hacia el norte del Distrito Federal pero que entonces se encontraba en el Palacio Nacional. Allí mejoré el cuarenta o cincuenta por ciento de la tesis. Pero, sobre todo, me dijo: «Mire: la gente intelectual no estima de ninguna manera a los sacerdotes. Los únicos sacerdotes respetados son los literatos y los historiadores». El mundo intelectual, secularizado, no quiere saber nada de Teología. «Por ello, le sugiero, continuó Batllori, que no vaya usted a publicar su tesis en una de esas editoriales católicas, porque tendrá poca aceptación y menor difusión». Me recomendó que fuese a visitar al Dr. Ernesto de la Torre Villar²⁵, que presidía en aquel momento la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, cuya sede se encontraba en lo que había sido la casa de verano del antiguo arzobispado de México, en Tacubaya. Don Ernesto vio el texto. Me dijo que desgraciadamente el Instituto no podía publicarlo, porque no tenía fondos, pero me recomendó la «Biblioteca Porrúa», que tiene un carácter muy amplio y es muy prestigiosa. Entonces me puse en contacto con el Señor Felipe Teixidor, gran bibliófilo, a quien propiamente le debo la publicación, que era muy devoto de la iglesia del Altílo, esa iglesia que tenemos nosotros en Coyoacán. En 1965 le presenté el manuscrito, cuando terminé de revisarlo, al cabo de dos años de regresar a México. Pero pasaron casi otros dos años más, hasta que por fin vio la luz de la imprenta. Él mismo corrigió las pruebas y se interesó mucho por mi libro. Esto me dio mucho ánimo...

La Pontificia Comisión de Ciencias Históricas

P. Posiblemente haya sido el P. Batllori quien le recomendó para la Pontificia Comisión de Ciencias Históricas...

R. Sin duda. ¿Quién me iba a conocer cuando recibí ese nombramiento en 1982? Por cierto que en ese año yo ocupaba el cargo de Decano de Teología de la recién fundada Pontificia Universidad de México, que era la única Facultad entonces erigida en la República.

25. Véase Claudia MÁRQUEZ PEMARTÍN, *Conversación en México con Ernesto de la Torre Villar*, en «Anuario de Historia de la Iglesia» 7 (1998) 321-345.

(Durante todo el 81 estuvimos tramitando la documentación). En aquellos días me llegó un recado del delegado apostólico en México, Mons. Jerónimo Prigione, indicándome que le visitara. Esto me dio mucho susto, porque me dije que algo habría hecho mal... Fui, pues, con miedo. Cuando llegué, me pasaron al salón recibidor, que es muy grande y apareció muy sonriente el delegado apostólico. Y me dijo: «Padre, le felicito mucho, etc.». Y al día siguiente fue publicado mi nombramiento en *L'Osservatore Romano*. Esta fue la única vez en que hablé con el delegado apostólico. Y desde entonces en adelante he asistido, representando al Pontificio Comité, a los Congresos Internacionales de Ciencias Históricas de Stuttgart (1985), Madrid (1990), Montréal (1995) y Oslo (2000). En esa ocasión de 1982 nombraron por primera vez tres miembros latinoamericanos. Los otros dos eran el P. Eduardo Cárdenas, jesuita colombiano, profesor de Historia de la Iglesia en la Universidad Javeriana de Bogotá, y el P. Cayetano Bruno, salesiano argentino, autor de una monumental *Historia de la Iglesia en Argentina*, en doce volúmenes²⁶.

P. Actualmente siguen tres latinoamericanos, además de usted: el Dr. Carlos René Salinas, canonista, de la Universidad Católica de Valparaíso, y el P. Gabriel Guarda, benedictino y historiador del arte, ambos chilenos. Por cierto: en el Congreso Mundial de Montréal presentó usted una ponencia...

R. Sí, porque el tema se prestaba. En cambio, me resulto muy difícil redactar alguna cosa para el reciente congreso de Oslo, porque el tema elegido: «Las relaciones Iglesia-Estado en los siglos XIX y XX» tiene una componente fundamentalmente europea. En cambio, en Montréal se trató acerca de la evangelización del continente americano. Mi idea, al participar en él, fue estudiar la inculturación del Evangelio. Hubiera querido ofrecer un análisis más amplio. Pero tuve que ceñirme a las fuentes jesuíticas sobre la evangelización de los territorios canadienses y en las misiones del noroeste mexicano, porque el marco de mi intervención debía ceñirse al siglo XVII. Las misiones franciscanas de la California pertenecen al XVIII. Otro ponente debía tratar el tema en Sudamérica.

Más sobre la fundación de la Pontificia Universidad de México

P. Volvamos a los orígenes de la Pontificia Universidad mexicana. Su fundación debió de ser casi como una pica en Flandes, después de tantos años de formación del clero en el Seminario de Montezuma, en el Estado de Nuevo México (USA), y en Roma...

R. Durante la persecución de los años veinte se pensó en un refugio para los seminaristas mexicanos. Nuestro Padre Fundador, por ejemplo, en conversaciones con el episcopado mexicano, llegó a considerar una pequeña fundación en Castroville, muy cerca de San Antonio, en Texas... Finalmente se optó por establecer el Seminario en Montezuma. Los obispos norteamericanos y mexicanos creyeron oportuno entregar este seminario a los jesuitas, que disponían de muchos más recursos que nosotros. En la primitiva idea, de que no-

26. Cfr. Josep Ignasi SARANYANA, *Conversación en Buenos Aires con el Prof. Cayetano Bruno*, en «Anuario de Historia de la Iglesia» 4 (1995) 391-402.

sotros nos encargásemos del seminario, tuvo mucho que ver el obispo de Morelia, Leopoldo Ruiz y Flores²⁷, que un consejero inapreciable de la Sra. Armida.

P. ¡Es sorprendente la capacidad de relación de Doña Concha!

R. Verdaderamente. La Sra. Armida tuvo que ver con muchos obispos mexicanos. Una de las cosas más admirables es cómo, siendo una mujer casada, supo tratar, hablar, relacionarse con tantos obispos. Y lo curioso es que esos obispos estaban convencidos de ella y le hacían caso. Por ello, están tan entrelazadas las vidas de todas estas personas: de nuestro Padre Fundador, de Mons. Ramón Ibarra, arzobispo de Puebla, de Mons. Luis María Martínez Rodríguez²⁸, arzobispo de México, etc. Éste último fue precisamente el que encarriló, con mucha prudencia y tacto, las relaciones de la Iglesia mexicana con el gobierno.

P. Por cierto, ¿acaso la fama de la Sra. Armida traspasó las fronteras mexicanas?

R. El caso es que por los años 1954 vino a México el famoso dominico P. Michel-Marie Philipon, especialista en teología espiritual, que había publicado estudios sobre algunas personas místicas. Conoció casualmente la vida y obra de la Sra. Armida y habiendo estudiado su espiritualidad y admirando mucho la riqueza de pensamiento publicó más tarde en francés un estudio sobre ella²⁹. De este modo comenzó el lanzamiento internacional de la espiritualidad de la Sra. Armida.

P. Volviendo a Mons. Martínez, confesor de la Sra. Armida, ¿cuál fue su papel en los «arreglos»?

R. No fue él quien gestionó los famosos «arreglos» (1929); éstos fueron obra de Mons. Leopoldo Ruiz y Flores y Mons. Pascual Díaz pero resultaron un fracaso, porque el gobierno no cumplió con su palabra ahora los obispos son denostado por muchos, porque creen que traicionaron a los cristeros. La verdad es que Mons. Ruiz, nombrado delegado *ad referendum* sólo fue portavoz de Pío XI. Y, además, se portó con gran nobleza, cargando personalmente con toda la responsabilidad, para exonerar al Santo Padre. Pero, de estas cuestiones no podemos consultar todavía la documentación vaticana.

P. Volvamos a los orígenes de la Universidad Pontificia de México...

R. Durante los decenios treinta y cuarenta se formaron cantidad de sacerdotes de diferentes diócesis mexicanas en el Seminario de Montezuma, con la ayuda de los obispos americanos, a quienes hay que agradecer muchísimo lo que han hecho por el clero mexica-

27. Leopoldo Ruiz y Flores (1875-1941), nacido en Amealco (Querétaro), fue arzobispo de Morelia. Había sido alumno del Colegio Pío Latino Americano de Roma. Se doctoró en Filosofía, Teología y Derecho Canónico en la Universidad Gregoriana. Fue consagrado obispo de León, en 1900, y arzobispo de Morelia en 1912. Intervino directamente, en 1929, como delegado apostólico, en la concertación del *modus vivendi* de la Iglesia con el gobierno mexicano, que puso fin al conflicto cristero. La queja de Pío XI, expresada en la encíclica *Acerbo nimis*, de 1932, en que el Romano Pontífice se quejaba del incumplimiento por parte del gobierno, fue causa de su destierro en 1932, del que pudo regresar en 1937. Falleció en Morelia.

28. Luis María Martínez Rodríguez (1881-1956), michoacano de nacimiento, formado en el Seminario de Morelia. Arzobispo de Morelia en 1934. Promovido al arzobispado de México, diócesis que gobernó de 1937 a 1956. Falleció en la Ciudad de México.

29. Se refiere particularmente a: *Conchita. Journal spirituel d'une mère de famille*, DDB, Paris 1974.

no³⁰. En 1969, Mons. Miguel Darío Miranda, arzobispo entonces de México y después cardenal, persona sumamente inteligente, tuvo la idea de agrupar a religiosos y sacerdotes seculares en un instituto docente común. E hizo los estatutos de lo que se llamó Instituto Superior de Estudios Eclesiásticos³¹. El ISEE funcionó con normalidad hasta que, en junio de 1982, fue erigida la Pontificia Universidad de México, al principio con la única Facultad de Teología, de la que fui designado Decano, aunque sólo por un año³². Desde entonces me he dedicado a la docencia e investigación, en el campo de Historia de la Iglesia. Ahora, aunque ya apartado un tanto de la docencia y dedicado preferentemente a tareas pastorales, todavía colaboro con ilusión con el Director del Departamento de Historia Eclesiástica, Dr. Roberto Jaramillo Escutia.

Estudios guadalupanos

P. Uno de sus campos de preferidos ha sido el guadalupanismo...

R. Siempre he sido gran devoto de la Guadalupe, como casi todos los mexicanos. Mi primera publicación³³, que vio la luz con motivo del año del 450 aniversario del milagro

30. Cfr. Luis MEDINA ASENSIO, *Historia del Seminario de Montezum. Sus Precedentes, Fundación y Consolidación 1910-1953*, Editorial Jus, México 1962.

31. El P. Alcalá me muestra un folleto, fechado en México en 1967, presentado por Mons. Miguel Darío Miranda, que contiene las «Orientaciones» por las que debía regirse el Instituto Superior de Estudios Eclesiásticos (son ocho números, alguno dividido en varios párrafos). El folleto contiene, además, la relación de autoridades del ISEE (Alcalá figura como Secretario General), el Plan de Estudios, y unas observaciones finales (calendario escolar, tasas de matrícula y horario docente). El artículo primero reza así: «El ISEE se establece como centro de formación cultural, abierto al clero secular, al clero regular, a las religiosas y a los laicos». Se advierte que está muy inspirado por el decreto conciliar *Optatum totius* del Vaticano II. En el artículo 4, § 3, se lee: «Los estudios teológicos deberán disponerse según tres fases: [...] Resumir en una sólida visión de conjunto todos los temas teológicos, haciendo resaltar su unidad y coherencia, conforme a las leyes del pensamiento humano y según los principios y métodos de Sto. Tomás de Aquino». Durante diez años publicó una revista titulada «Libro Anual del ISEE», el último de los cuales, aunque correspondiente a los años 1981-82, se editó en 1984. Posteriormente, desde 1995, ha aparecido una segunda época de este «Libro Anual del ISEE». El volumen cero corresponde a los años 1995-96. El volumen primero (cada volumen constará de tres fascículos) comenzó a editarse en 1999, y lleva ya dos fascículos: el de 1999 y el del 2000.

32. La Pontificia Universidad de México, situada en Tlalpan, al sur de la Ciudad de México, en la calle Victoria, muy próximo al Seminario Mayor de México, cuenta en la actualidad con tres Facultades (Teología, Filosofía y Derecho) y dos Institutos (Derecho Canónico y Ciencias Religiosas). Cuenta además con una maestría avalada por la Secretaría de Educación Pública en un curso de Historia del Catolicismo en México.

33. *El Milagro del Tepeyac: objeciones y respuestas*, Misioneros del Espíritu Santo, San José de Altillio 1981; también en: *Santa María de Guadalupe. Estudios teológicos. Año Jubilar 1531-1981*, San José de Altillio 1981, pp. 109-130; reproducido en: *Conmemoración Guadalupeana: Conmemoración Arquidiocesana: 450 años*, en «Libro Anual del ISEE» 10 (1984) 297-311; y también en *El Antigüadalupe y la crítica histórica (siglos XIX-XX)*, en *450 Aniversario. 1531-1981. Congreso Mariológico*, Basílica Santa María de Guadalupe, México 1983, pp. 425-440, *Santuario de Guadalupe: La Sagrada Imagen y las ciencias en Nuestra Señora de América: Homenaje del CELAM a la Sma. Virgen con motivo del Año Mariano*. Colección del V Centenario, 2 ed., t. II (Bogotá 1988) 7-49.

del Tepeyac. Es un breve estudio contra la tesis antiaparicionista de Juan Bautista Muñoz³⁴, quien se ocupó ya del tema en 1794, aunque su estudio no se publicó sino hasta 1817³⁵, cuando ya se había iniciado la insurgencia, proclamada por Hidalgo³⁶ quien tuvo la ocurrencia de usar un estandarte guadalupano como bandera, y luego que el Cura Morelos³⁷, que era muy guadalupano había sido fusilado. Curiosamente, cuando se inició la restauración en España, se publicó el trabajo de Muñoz, como queriendo darle un descrédito a la insurgencia. Y así fue como comenzó toda la polémica del siglo pasado, entre aparicionistas y antiaparicionistas, que todavía no ha terminado. Los argumentos de Muñoz siguen presentes todavía en todos los escritos antiaparicionistas. García Icazbalceta³⁸ es una copia fiel de Muñoz, así como todos los que arguyen el «argumento del silencio».

P. ¿No le parece sospechoso que Zumárraga no haya levantado acta de las apariciones?

R. No me inquieta en absoluto: es una exagerada exigencia de la hipercrítica. Por aquellas fechas, en 1531, Juan de Zumárraga³⁹ era sólo obispo electo de México y tenía unos

34. Juan Bautista Muñoz (1745-1799), natural de Museros, Valencia (España), cosmógrafo mayor del Nuevo Mundo desde 1770, fue comisionado por Carlos III, en 1779, para escribir una Historia General de las Indias. Leyó su memoria antiaparicionista el 18 de abril de 1794, en la sesión de la Academia de la Historia de Madrid, de la que era miembro, sin especial repercusión. Fue publicada, por cuenta de la Academia, en 1817, cuando Muñoz ya había fallecido.

35. *Memoria sobre las Apariciones de Nuestra Señora de Guadalupe*, en «Memorias de la Real Academia de la Historia» 5 (Madrid 1817) 205-224.

36. Miguel Hidalgo y Costilla (1753-1811) nació en el Estado de Guanajuato. Estudió y fue rector del Colegio de San Nicolás en Valladolid (Morelia), en donde dio cursos de filosofía y teología. Bachiller en Teología en 1773 y ordenado sacerdote en 1778. Se ignora en qué tiempo se alistó Hidalgo con los conspiradores. En todo caso estaba totalmente comprometido con la causa independentista en septiembre de 1810. Inició su famosa marcha sobre Guanajuato el 16 de septiembre. Al pasar por Atotonilco, Hidalgo encontró una imagen de la Virgen de Guadalupe, que hizo suspender del asta de su lanza, y que pasó a ser el estandarte de su ejército. El obispo electo de Michoacán, Manuel Abad y Queipo, publicó, el 24 de septiembre, un edicto declarando excomulgado a Hidalgo. Derrotado por las fuerzas realistas y después de muchos avatares, fue hecho prisionero el 21 de marzo de 1811. Fue fusilado en Chihuahua, en julio de 1811. Es considerado por los mexicanos como Padre de la Patria e iniciador de la independencia mexicana.

37. José María Morelos y Pavón (1765-1815), caudillo de la insurgencia mexicana, aunque registrado como español, era mestizo con algo de ascendencia negra. Nació en Valladolid (Michoacán), que ha cambiado su nombre por Morelia en honor del caudillo insurgente. Bachiller en Artes en 1795. Ordenado sacerdote en 1799. A principios de octubre de 1810, Morelos tuvo noticia del levantamiento de Hidalgo y salió en su busca. Después de varias campañas victoriosas, fue hecho prisionero en diciembre de 1815, y trasladado a la Ciudad de México. Fue fusilado en los últimos días de 1815.

38. Joaquín García Icazbalceta (1825-1894) nació en la Ciudad de México. Aunque al principio se dedicó al comercio, como sus padres, finalmente pudo consagrarse a su tarea favorita: el acopio y publicación de muchos manuscritos de la época colonial, que estaban a punto de perderse. También se interesó por las biografías de los forjadores de la nacionalidad mexicana. Miembro fundador de la Academia Mexicana de la Lengua y tercer director de ella.

39. Juan de Zumárraga (1468-1548), franciscano, primer obispo y arzobispo de México. Nació en Durango (Vizcaya). Fue destinado como obispo electo a México, en 1528. Regresó a España, para responder de los cargos que se habían levantado contra él (1533-34). Consagrado obispo en Valladolid

problemas terribles con la Audiencia, hasta el punto de que fue llamado a la metrópoli para responder de una serie de cargos que se habían levantado contra él. Absuelto de todas las acusaciones y consagrado obispo, pudo regresar a su sede episcopal, al cabo de un par de años, llevando consigo libros, la primera imprenta americana, muchos proyectos, etc. A mi entender, en esas circunstancias era muy difícil que Zumárraga pensase en levantar acta de una entrevista que había sostenido con un indio sobre unas apariciones marianas. En todo caso, autorizó que se construyese una capillita muy sencilla en el Tepeyac y no puso ningún reparo al culto mariano. Esto ocurría a los pocos días de las cuatro apariciones, que habían tenido lugar el 9, 10, 11 y 12 de diciembre. Pues bien, en ese mismo mes de diciembre mandó edificar la ermita pedida por la Virgen. Y, al regresar a México, continuó dando su favor a la devoción mariana, que iba en aumento...

P. Quizá haya algún papel en el desordenadísimo archivo de la catedral de Sevilla, puesto que México pertenecía entonces a la provincia eclesiástica sevillana...

R. Pudiera ser, pero no parece probable. En todo caso, de existir algo, sería una simple relación o pequeña memoria a sus compañeros franciscanos; no creo que pudiera decir más de lo que ya se sabe por la tradición. Lo que no entiendo es que Icazbalceta y sus seguidores quieran a fuerzas encontrar un documento en el Archivo de Indias, que es un archivo de pleitos y de cuestiones de gobierno.

P. En el fondo, como decía usted antes, los antiaparicionistas se basan fundamentalmente en el «argumento del silencio»...

R. Sí, pero con un razonamiento muy sutil. Ellos arguyen que los franciscanos, entre ellos Motolonia⁴⁰, narran varias apariciones de la Virgen, sin aludir a la del Tepeyac. En mi opinión, sin embargo, el culto a la Virgen de Guadalupe no tenía por que ser conocido a bombo y platillo de inmediato... Este culto guadalupano tan maravilloso que hoy presenciamos fue al principio como una semillita que casi no se veía. Por esto, estoy contra ciertos guadalupanistas exagerados que estiman que, al día siguiente de la aparición, los indios se convirtieron en masa. También la Encarnación del Verbo (salvando las distancias), que es el acontecimiento más importante en toda la historia, pasó inadvertido para casi todo el mundo en su momento.

P. Pero, en todo caso, no hay ninguna acta...

R. Revise usted todos los archivos del Imperio romano a ver si encuentra algo relativo al nacimiento en Belén, que no lo encontrará. Los Evangelios se escribieron muchos años

(España), pasó otra vez a Nueva España. Promovido a arzobispo en 1546. Falleció en la Ciudad de México en 1548. Introdutor de la imprenta en América, fundó el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, donde se formaron varios jóvenes indígenas en la cultura trilingüe: latina, nahuatl y española.

40. Toribio de Benavente (1482/91-1562/69) nació en la provincia de Zamora (España) y falleció en la Nueva España. Ingresó en la Orden franciscana hacia 1507/8 y se ordenó sacerdote cinco o seis años más tarde. Llegó a México en 1524, con los primeros «doce». Fue muy amigo de la pobreza, por lo que los indígenas lo llamaron «Motolinia» (el pobrecillo). Redactó una crónica fundamental para conocer la primera evangelización novohispana: *Historia de los indios de Nueva España*, terminada entre 1536 y 1541.

después de la muerte de Cristo. Incluso los testimonios judíos más próximos, como los de Flavio Josefo, son posteriores al Sacrificio del Calvario y, además, tenazmente discutidos⁴¹.

Volvamos a nuestro caso. El culto guadalupano fue pequeño al principio: sólo una pequeña ermita construida pobremente por los indígenas. El Señor Zumárraga cumplía con la voluntad de la Virgen y eso le bastaba. ¡Quién iba a pensar que al ayate iba a durar años y siglos!

Se dice que Zumárraga y Juan Diego murieron en 1548. A los veinte años de la aparición llegó un nuevo arzobispo, Alonso de Montúfar⁴², y se encontró con que ya había una cofradía. ¿Cómo se explica esto? Con las limosnas, esa cofradía edificó una ermita mejor, que es llamada la «ermita de Montúfar». Y este arzobispo, que había sido el inquisidor de Granada —si alguien sabía de herejías, brujerías, supersticiones, era él— se topó con una magnífica devoción mariana, y habló a los indios, por medio de intérpretes, para alentarnos. Sólo entonces, en 1556, salieron los franciscanos acusando al arzobispo Montúfar de que estaba a favor de una idolatría... ¡Eran ganas de pleitear! Es evidente que los franciscanos fueron adversos a esta devoción, por el miedo que tenían, infundado en este caso, de que se adorase a una diosa indígena, Tonantzin (nuestra venerable madre), dando lugar a sincretismo y confusión.

Esto es, justamente, lo que afirman los antiguadalupanistas. Sostienen que en el Tepeyac se habría producido una transposición entre el culto a Tonantzin y el culto mariano, lo cual habría provocado una conversión en masa de los indígenas. Pero, no hay ni rastro de conversiones multitudinarias inducidas por la devoción guadalupana. Los mismos misioneros, que tan activamente trabajaron por la evangelización de los indígenas, y que en ocasiones fueron testigos de conversiones en masa, no dicen ni una sola palabra de tales apariciones guadalupanas. Niego, pues, que el hecho guadalupano haya sido motor de bautismos en masa. Es más; los mismos misioneros sólo tendrían, antes de las actuaciones de Montúfar, un conocimiento confuso del hecho del Tepeyac.

P. Hablemos de las opiniones de Sahagún, tan traídas y llevadas por los antiaparicionistas...

R. Bernardino de Sahagún⁴³, todavía en tiempos de Montúfar, constataba que los indios, siguiendo sus supersticiones —así lo creía él— iban en grandes peregrinaciones a la

41. Se refiere a las *Antiquitates iudaicae*, redactadas hacia el 93-94, sobre todo al pasaje denominado «Flavianum», incluido en el libro XVIII, capítulo tercero, cuya autenticidad es negada por muchos, que la consideran una interpolación cristiana posterior.

42. Alonso de Montúfar (1498-1573), dominico, segundo arzobispo de México. Nació en Loja, Granada (España) y falleció en México. Gobernó su archidiócesis de 1551 a 1573. Celebró los dos primeros concilios provinciales mexicanos. En 1556 reedificó, ampliándola, la ermita de Guadalupe. Favoreció mucho la Real y Pontificia Universidad de México.

43. Bernardino de Sahagún (1499ca.-1590) nació en la provincia de León (España). Estudió Artes y Teología en la Universidad de Salamanca, probablemente entre 1514 y 1520, época en que debió ingresar en la Orden franciscana. Pasó a la Nueva España en 1529. Llevó a cabo una destacada labor educadora en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco. Fue un escritor incansable, tanto en lengua castellana como en lengua mexicana. Su obra etnográfica más notable es *Historia general de las cosas de Nueva España*, terminada, probablemente, antes de 1570.

ermita de la Virgen de Guadalupe a adorar a su Tonantzin. Esto pudo cierto ser en casos particulares, como hubo muchos casos, a lo largo de la historia, de cristianos criptopaganos. Pero, la devoción a la Virgen del Tepeyac, a lo largo del siglo XVI, fue una devoción principalmente española, de la cual los indios tomaban ejemplo, porque veían a las señoras de México entrar a pie descalzo en la ermita... Y afirmar que los españoles de la ciudad de México iban a adorar a Tonantzin, es absurdo. No olvidemos que Juan Diego, verdadero apóstol de la devoción entre sus coterráneos y parientes de Cuautitlan, era sobradamente conocido en los alrededores. No habría sido fácil que él engañase a sus paisanos...

P. También el indio Valeriano sería conocido por los suyos...

R. Todo el mundo sabía quién era el indio Valeriano⁴⁴, dónde se había formado, etc. E, incluso, contamos con una información muy rigurosa de 1666, con todas las minucias y quisquillosidades del Derecho español eclesiástico del tiempo, con todos los actores (juez, fiscal, notario, intérpretes)... ¡Tenemos documentos, tenemos tradición probada, tenemos todo!

P. Después de la publicación del *Nican Mopohua* por el bachiller Lasso de la Vega⁴⁵...

R. Bueno, una cosa es la fecha de la publicación del relato y otra muy diferente es la fecha de la redacción del relato. Ernest J. Burrus, excelente paleógrafo, especialista en la letra del siglo XVI, buen conocedor de los manuscritos del agustino Alonso de la Vera Cruz y editor de sus obras en cinco volúmenes, estudió las copias manuscritas que se conservan del *Nican Mopohua*. ¿Cómo puede haber copias del siglo XVI y afirmarse que el manuscrito se formó en el siglo XVII? Hay, en efecto, dos copias del siglo XVI completas y una muy deteriorada. Alguna pudo ser el original, como afirma Mariano Cuevas⁴⁶, pero esto es ya más discutible. No hace ningún problema, pues, que en el siglo XVII se imprima un texto del siglo XVI⁴⁷.

P. Últimamente se ha sumado al «argumento del silencio», la crítica histórica...

R. Yo no diría crítica histórica sino hipercrítica antihistórica. Esto aparece en las obras de Stafford Poole y de Richard Nebel, aunque éste más que historiador es simplemente sociólogo. Pero, como ya nos advertía el P. Hertling, en sus clases en la Universidad Gregoriana, hace ya tantos años, lo que sucede es que algunos intelectuales se avergüenzan de

44. Antonio Valeriano (1521ca.-1605) fue uno de los indios educados en la primera etapa del Colegio de la Santa Cruz de Tlatelolco. Colaboró con Bernardino de Sahagún en la magna obra etnográfica de éste. Además, es el autor del *Nican Mopohua* (relato de las apariciones) al cual se le añadió después el *Nican Moctepana* (relato de los milagros). Ambos escritos fueron publicados más tarde conjuntamente con el nombre de *Huey Tlamahuizoltica* por el Bachiller Lasso de la Vega en 1649.

45. Luis Lasso de la Vega (siglo XVII) nació en México, realizó estudios en su Universidad y fue ordenado sacerdote. Fue capellán de Guadalupe y publicó los manuscritos en nahuatl del *Nican Mopohua* y del *Nican Moctepana* en 1649 bajo el título de *Huey Tlamahuizoltica*.

46. Mariano Cuevas (1879-1949), historiador jesuita, nacido en la Ciudad de México. Ordenado sacerdote en 1910. Se dedicó luego a la paleografía, diplomática y arqueología. Es autor de una importante obra titulada: *Documentos inéditos del siglo XVI* (1914). Redactó una *Historia de la Iglesia en México* (1921-1928), en 5 vols.

47. Otra publicación del autor: *Santuario de Guadalupe: La Sagrada Imagen y las ciencias*, en *Nuestra Señora de América*, CELAM («Colección mariológica del V Centenario», 14), Bogotá 1988, pp. 7-49 (2ª ed., 1988).

la fe sencilla del pueblo. Y de este prejuicio, que es casi como una moda intelectual, se ha contagiado un pequeño sector del clero mexicano, a quienes no les parece bien la devoción guadalupana, porque toman su fundamento como un relato tipo fábula, siguiendo el cauce abierto por los antiaparicionistas. Éstos quieren distinguir entre el relato de las apariciones y el culto a la imagen impresa en el ayate, que es un objeto que están viendo. Pero la verdad es que son dos cosas que se explican mutuamente. El relato explica la estampación en el ayate; y el ayate cuya existencia es un portento (pues nadie puede negarlo), confirma el relato.

Colaboración con la Comisión de Estudios de la Historia de la Iglesia en América Latina (CEHILA)

P. ¿Cómo se inició su colaboración con el CEHILA?

R. Todo empezó cuando me vino a visitar, en 1974, el Dr. Francisco Miranda, en la sede del ISEE, para proponerme que yo ocupara el cargo de coordinador del área de México en un proyecto de Historia de la Iglesia en América Latina, cargo que él tenía y que no podía fácilmente desempeñar. A mí se me hizo fácil la tarea que él me expuso. En el Instituto Superior de Estudios Eclesiásticos teníamos varios profesores de Historia de la Iglesia⁴⁸. Además, estábamos en conexión con los historiadores que pertenecían a la Sociedad Teológica Mexicana, algunos de ellos jesuitas (los jesuitas no se adhirieron nunca al ISEE). El equipo quedó formado por los historiadores P. Fidel de J. Chauvet OFM., P. Alfonso Guzmán OSA., P. Daniel Ulloa OP., P. José Gutiérrez Casillas SJ., Pbro. José de Martín Rivera, P. Luis Medina Ascensio SJ., Carlos Alvear Acevedo, Pbro. Francisco Miranda (luego lo sustituyó el Pbro. Jesús García) y su servidor. También conforme a los criterios de CEHILA añadimos como colaboradores algunos hermanos separados que, en el caso de México, fueron los señores Gustavo A. Velasco, Óscar Gutiérrez Baqueiro y Jean-Pierre Bastian. Juntamos el equipo, nos reunimos varias veces, vimos los estatutos del CEHILA, que no nos parecieron mal, aunque los retocamos un poco, porque había que enmendar a Enrique Dussel⁴⁹, el presidente, que era más bien filósofo y sociólogo y había muchas ideas suyas con las que

48. En el curso 1972-73 figuran, en el elenco de profesores de materias históricas del ISEE de México, los siguientes: Lic. Carlos Alvear Acevedo, Lic. Alfonso Guzmán Ramírez, OSA, Lic. Rubén Pérez Águila, OSO, Lic. Daniel Ulloa Herrero, OP, Dr. Francisco Miranda y Dr. Alfonso Alcalá Alvarado, MSpS.

49. Enrique Domingo Dussel Ambrosini, nació cerca de Mendoza (Argentina), en 1934. Doctor en Filosofía y Letras (sección Filosofía), por la Universidad de Madrid, en 1959. Doctor en Historia por la Sorbona, en 1967. Desde 1976, profesor en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Fundador y presidente durante varios años de CEHILA, que nació en 1973 dentro del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM). Muy pronto comenzaron las discrepancias con el CELAM, de modo que CEHILA se separó del Consejo para constituirse como una institución civil totalmente autónoma. Cfr. Diego R. PICCARDO-Jorge A. VÁZQUEZ-Josep Ignasi SARANYANA, *A propósito de los proyectos editoriales de Enrique D. Dussel (1972-1988)*, en VV.AA., *Evangelización y teología en América (siglo XVI)*. X Simposio Internacional de Teología, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona, 1990, pp. 1253-1276. Ver también: *Enrique Dussel. Un proyecto ético y político para América Latina*, en «Revista Anthropos» 180 (1998), número monográfico.

no estábamos totalmente de acuerdo. Hacer una «Historia general» era una muy buena idea; dar más relieve al pobre, no nos ofrecía ninguna dificultad... Pero, el equipo del Brasil era muy bravo; estaba constituido por gente muy hiriente contra la jerarquía eclesiástica, contra la evangelización primera⁵⁰. Nosotros, en México; no, francamente no. Nos comprometimos en 1973 y el plazo vencía en 1976. Puntualmente entregué el manuscrito al presidente Dussel. Pero, el texto por diversas circunstancias no se pudo publicar sino hasta 1984⁵¹. Entre tanto se había formado una muy mala opinión sobre el CEHILA.

P. Se puede hablar de una verdadera sospecha de heterodoxia...

R. Efectivamente y con alguna razón, al menos al principio. Por eso, el Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) se preocupó mucho por esta «Historia» del CEHILA, cuando salieron los dos primeros volúmenes de la *Historia de la Iglesia en Brasil*⁵². El de Colombia salió después⁵³, con un artículo de su coordinador, también muy virulento contra la Iglesia. Todo eso puso a la Santa Sede muy en guardia.

P. ¿Y qué pasó entonces?

R. Como ya le he dicho, CEHILA tenía muy mala fama, con o sin razón, precisamente por la heterogeneidad del grupo y por los primeros resultados tangibles. Por ello, a principios de 1980, la Sagrada Congregación para la Educación Católica dio a conocer una crítica muy fuerte contra CEHILA y, muy particularmente, contra su presidente Enrique Dussel y su secretario Jaime Díaz, sacerdote colombiano, coordinador general de la edición y persona muy hábil para encontrar financiamiento. Fue una circular firmada por el subsecretario de la Sagrada Congregación, dirigida a los secretarios generales de las diversas conferencias episcopales latinoamericanas, en la cual ponía en guardia a los responsables de Seminarios Mayor y de Facultades Católicas contra las iniciativas de CEHILA, «por los criterios adoptados en los que no está ausente el análisis marxista, y por la posición sistemáticamente crítica de la Iglesia oficial». Esta carta nos hizo mucho daño, porque nos salpicó a todos.

P. Supongo que la Fundación Adveniat retiraría su ayuda financiera...

R. Efectivamente. Pero Jaime Díaz logró la ayuda de una fundación holandesa y de alguna organización protestante, las cuales veían con muy buenos ojos nuestros objetivos ecuménicos.

50. Cfr. un estudio pormenorizado del proyecto CEHILA, preparado por el Prof. Alcalá, en: *La enseñanza de la Historia de la Iglesia en América Latina*, en AA.VV., *Qué es la Historia de la Iglesia. Actas del XVI Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra*, EUNSA, Pamplona 1996, pp. 163-181.

51. Alfonso ALCALÁ ALVARADO (coord.), *Historia General de la Iglesia en América Latina*, V. México, CEHILA-Sígueme-Paulinas, Salamanca-México 1984. En este volumen colaboran, además del coordinador: E. Dussel (palabras preliminares), S. Méndez Arceo (introducción), F. Chauvet, J. Gutiérrez Casillas, J. de Martín Rivera, L. Medina Asensio, J.P. Bastian, O. Gutiérrez Baqueiro, C. Alvear Acevedo y J. García.

52. Eduardo HOORNAERT (coord.), *História da Igreja no Brasil. Primeira época*, CEHILA-Editora Vozes, Petrópolis 1977; y José Óscar BEOZZO (coord.), *História da Igreja no Brasil*, segunda época, CEHILA. Editora Vozes, Petrópolis 1980. El tercer volumen, correspondiente al siglo XX, no se ha publicado todavía.

53. Rodolfo Ramón DE ROUX (coord.), *Colombia y Venezuela*, CEHILA-Ediciones Sígueme, Salamanca 1981.

P. ¿Hubo más denuncias?

R. No sé. En todo caso, afortunadamente, la cosa llegó al Pontificio Comité de Ciencias Históricas, como lo supe después. El informe del citado Comité, vino a decir: no se precipiten, dejemos, para ser más justos y equitativos, que terminen toda la obra. De este modo se detuvo un poco la espada que se cernía sobre nuestras cabezas... De todas formas intervinieron las autoridades eclesíásticas y los coordinadores de áreas tuvieron que dar una información más precisa y se defendieron como pudieron los principales aludidos.

P. ¿También en México?

R. Aquí, en México, como no había salido aún la obra, el secretario de la Conferencia episcopal mexicana, me hizo llegar algunas preguntas... Y yo le contesté: «Mira, yo te puedo responder solamente de mi equipo. De los demás no sé decir nada. El P. Fidel Chauvet, un santo varón franciscano. El P. José Gutiérrez Casillas, óptimo jesuita. Luis Medina Asensio, lo mismo. José de Martín Rivera, un buen sacerdote de la diócesis de México, Carlos Alvear Acevedo, laico, de lo mejor que tenemos en México como historiado». En fin, todas personas firmemente católicas y de buen criterio. Yo sería el más izquierdista de todos..., y no lo soy.

Sin embargo, al aparecer nuestro volumen hubo un problema. El P. Jesús García, que sustituyó al Dr. Miranda, preparó el capítulo que abarcaba el último período casi contemporáneo (desde el Vaticano II hasta nuestros días). Jesús García era muy amigo de Mons. Méndez Arceo⁵⁴, tenía muchos papeles, se había movido en todos esos campos que podríamos decir de la Teología de la Liberación, y redactó un capítulo muy abultado, demasiado extenso y muy desproporcionado⁵⁵. Esta parte no gustó a muchos, que se sintieron heridos (no sé por qué). El caso es que este volumen fue impugnado y en cierta manera secuestrado.

P. Pero ustedes aprobaron, al menos tácitamente, el texto de García...

R. No exactamente. Tres cosas no gustaron de lo que preparó Jesús García: la radiografía que trazó de la Iglesia mexicana de ese tiempo, afirmando que era una iglesia sin movimiento, anquilosada; que calificase de «balcanización de la Iglesia mexicana» la creación de nuevas diócesis por parte del delegado apostólico; y que tratase injustamente a algunas beneméritas instituciones religiosas, entre ellas mi propia Congregación, que desarrollan su actividad apostólica en México. Lógicamente, tales expresiones, que —insisto— desagrada-

54. Sergio Méndez Arceo (1907-1992), nació en Tlalpan. Se ordenó sacerdote a los veintisiete años de edad en el Colegio Inglés de Roma. Doctor en Historia de la Iglesia. Obispo de Cuernavaca de 1952 a 1983. Propició el Centro de Información y Documentación Católica (CIDOC), bajo la dirección de Iván Illich, que mantuvo también alguna actividad docente. Su actuación en la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano de Medellín, en 1968, fue activa. Manifestó, desde el principio, simpatía por algunas de las tesis más radicales de la Teología de la Liberación.

55. Este capítulo, titulado: «Octavo período: La Iglesia desde el Concilio Vaticano II y Medellín», se extiende a lo largo de 133 páginas (de la p. 361 a la p. 494). El volumen tiene 508 páginas, contando las palabras preliminares, la introducción, las láminas y los índices. Los últimos veinte años de historia mexicana estudiados ocupan la cuarta parte del libro.

ban a algunos, no tenían objetivamente nada de falso, sino, a lo sumo, reflejaban una opinión respetable del historiador de ese periodo y nada más.

P. ¿Fue entonces cuando rompió con CEHILA?

R. Verá; las cosas no fueron tan dramáticas como Vd. sugiere. Dussel es muy volcánico. Quería que siempre estuviera en acción y yo ya no disponía de tiempo. Me tuve que separar, sobre todo por cuestiones de trabajo, aunque no anímicamente. Ni siquiera pude asistir a la II Asamblea General, que se celebró en Brasil en 1995, donde se presentó una panorámica crítica de los últimos cincuenta años de historia del continente americano (1945-1995)⁵⁶. Con todo, conservo buena amistad con muchos de los integrantes de aquel grupo, que tuve ocasión de tratar estrechamente entre 1974 a 1984, en que asistí a las diversas juntas, como coordinador del área mexicana. Cuando en 1984 dejé de coordinar la sección mexicana de CEHILA, Alicia Puente de Guzmán me sucedió.

De aquellos guardo buena memoria. Recuerdo en especial a P. Juan Villegas, jesuita uruguayo, P. Ricardo Ramírez, que luego fue obispo de Las Cruces (Estados Unidos), al pastor luterano Hans-Jürgen Prien, que acaba de jubilarse como Profesor ordinario en la Universidad de Colonia; al pastor Samuel Silva Gotay, puertorriqueño; a Ana María Bidegáin, historiadora uruguaya, casada con un diputado colombiano que fue asesinado por el terrorismo; al sacerdote José Óscar Beozzo, profesor de la Facultad de Teología de Nuestra Señora de la Asunción, de São Paulo; a Maria Luiza Marcilio, demógrafa e historiadora de la Universidad de São Pablo; al sacerdote Virgilio Elizondo, dedicado al estudio del «México americano», que trabaja en San Antonio (Texas); a Óscar Gutiérrez Baqueiro, metodista, y a Jean-Pierre Bastian, de la Universidad de Estrasburgo; y a tantos otros.

P. ¿Hubo acaso alguna reacción de los profesionales de la Historia, después de la publicación de los tres primeros volúmenes de la *Historia general* de CEHILA, cuando el tomo de México todavía no había entrado en imprenta?

R. El CELAM, que ya estaba muy temeroso frente al proyecto de CEHILA, cuando todavía no había aparecido ningún volumen, decidió proponer un proyecto alternativo, en 1981, al aparecer los tres primeros (los dos brasileños y el colombiano). Tomó contacto con la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC), de Madrid, que encargó un anteproyecto al P. Eduardo Cárdenas, de la Universidad Javeriana de Bogotá, excelente conocedor de la historia de la Iglesia en América, y entonces miembro de la Pontificia Comisión de Ciencias Históricas. Cárdenas se movió con agilidad y rapidez, y ya en noviembre de 1981 se reunía en la sede del CELAM, o sea, en Bogotá, un grupo de expertos calificados, para fijar por los primeros lineamientos de una Historia de la Iglesia en América Latina. El proyecto alternativo, sin referirse expresamente a CEHILA, pretendía escribir una historia según los criterios del CELAM. En marzo de 1982 envió una primera circular.

56. Véase *II Conferência Geral de CEHILA. História da Igreja na América e no Caribe*, Paulus, São Paulo 1995 (programa de mano, con el resumen de las ponencias y comunicaciones). La I Conferência se había celebrado en México, en 1984. Importante, también, porque sirvió como texto-base para la discusión de la II Asamblea: Eduardo HOORNAERT, *História da Igreja na América Latina e no Caribe (1945-1995). O debate metodológico*, Vozes-CEHILA, Petrópolis-São Paulo 1995.

Las cosas marchaban regularmente, cuando en 1983 intervino el Pontificio Comité de Ciencias Históricas, presidido entonces por Mons. Michele Maccarrone⁵⁷, que, en conexión con la Secretaría de Estado, preparó una primera reunión de expertos, que finalmente se juntó en Bogotá, en noviembre del mismo 1983. En esa reunión estuvieron presentes los tres miembros latinoamericanos del citado Pontificio Comité (Cayetano Bruno, Eduardo Cárdenas y yo mismo), los historiadores José del Rey, Alfredo Morin, Francisco Nieto, Airlindo Rupert, Walter Brandmüller, que actuaba como delegado del Pontificio Comité⁵⁸, y Quintín Aldea, que era entonces presidente de la Comisión española de Historia Eclesiástica comparada⁵⁹. Conviene advertir que el Prof. Horst Pietschmann, de la Universidad de Hamburgo, buen latinoamericanista, mantenía estrecho contacto con Mons. Maccarrone y seguía de cerca los pasos que daba el proyecto. Pero, como le digo, a pesar del buen comienzo, la empresa no progresó.

P. También se pensó en preparar un manual más modesto...

R. Es cierto. Pero, esto ocurrió después. Porque una cosa fue el gran proyecto, que Maccarrone denominaba «proyecto Cárdenas», y otro, el proyecto de un manual para seminarios diocesanos, auspiciado por la Comisión de Seminarios Latinoamericanos, integrada en el CELAM. Este manual fue especialmente impulsado por el secretario adjunto del CELAM, durante tantos años, Mons. Guillermo Melguizo, sacerdote colombiano. Sin embargo, tampoco salió el manual, aunque llegaron a recogerse las distintas colaboraciones...

P. Entre tanto, Cárdenas y Aldea editaron un manual en España.

R. En efecto: como complemento o apéndice a la edición española del *Manual* de Hubert Jedin, Cárdenas y Aldea añadieron un décimo volumen, que, de forma sencilla, abarca la vida de la Iglesia en América, durante los siglos XIX y XX⁶⁰.

57. Michele Maccarrone (1910-1993), nacido en Sicilia y fallecido en Roma, recibió la ordenación presbiteral en 1938. Doctor en Historia. Profesor de Historia eclesiástica en la Universidad Lateranense de Roma desde 1942 hasta 1982. Cofundador, en 1942, de la «Rivista di Storia della Chiesa in Italia». Desde 1954 fue miembro del Pontificio Comité de Ciencias Históricas, primero como secretario y, posteriormente, como presidente.

58. Sobre Mons. Brandmüller, actual presidente del Pontificio Comité de Ciencias Históricas, cfr. Luis MARTÍNEZ FERRER, *Conversación en Roma con Walter Brandmüller*, en «Anuario de Historia de la Iglesia» 9 (2000) 383-394.

59. Quintín Aldea Vaquero (1920-) nació en Gema, provincia de Zamora (España). Jesuita en 1937. Ordenado sacerdote en 1951. Catedrático de la Universidad Pontificia de Comillas (Madrid), de 1958 a 1964. En esa fecha ingresó en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), de Madrid. Profesor de Investigación de CSIC desde 1978 a 1986, en que se jubiló. Director del Instituto Flórez del CSIC, de Historia de la Iglesia, desde 1984 hasta su jubilación. Ha sido redactor jefe de la revista «Hispania Sacra» y Director del *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, en 5 vols., publicado por el CSIC. Profesor visitante de la Universidad Gregoriana.

60. Se refiere a: Quintín ALDEA y Eduardo CÁRDENAS (dirs.), *La Iglesia del siglo XX en España, Portugal y América Latina*, en Hubert JEDIN (dir.), *Manual de Historia de la Iglesia*, Herder, Barcelona 1987, tomo X. Obra en colaboración, en la que intervienen muchos historiadores latinoamericanos (la mayoría). El volumen, como reza el título, está centrado principalmente en el siglo XX, con unas setecientas páginas dedicadas a América Latina, de las cuales una parte fundamental ha sido redactada directamente por Cárdenas.

Josep-Ignasi Saranyana

P. Volvamos al «gran proyecto»...

R. Como le decía, no salió; pero una parte de los materiales se aprovechó para la «Historia» que editó la BAC⁶¹. Con todo, la BAC no se quiso entrar en el siglo XIX, después de la independencia, porque hay muchas lagunas en la historiografía y sobre esa época se dan los mayores desacuerdos.

P. En fin; es un relato con final poco feliz, que ponen de manifiesto una de las grandes lagunas de la historiografía mundial y, en particular, de la Iglesia.

R. Es muy difícil hacer esta clase de obras. Es la conclusión que yo saco.

La investigación mexicana

P. ¿Podría hablarnos de la historiografía mexicana?

R. Aquí en México debe destacarse, en primer lugar, al P. Mariano Cuevas, de quien ya hablé al tratar la cuestión guadalupana, que escribió por los años veinte una *Historia de la Iglesia católica en México*, en cinco volúmenes. Es una obra que acusa el paso del tiempo, pues, no en vano se terminó hace más de setenta años. Esto se nota, sobre todo, en que se extendió especialmente en la época colonial. Dedicó poca atención al México independiente y lo hizo, además, en tono polémico, dadas las difíciles circunstancias por las que pasaba la Iglesia en aquellos años. La obra de Cuevas fue continuada por el P. José Gutiérrez Casillas, que ha publicado una nueva «Historia», más bien un resumen, sintético y bastante útil⁶².

P. No me ha hablado del manual que dirigió la Mtra. María Alicia Puente Lutteroth, que a veces se firma Alicia Puente de Guzmán...

R. Esta monografía coordinada por la Mtra. Puente, mi sucesora en la coordinación del grupo CEHILA de México, que se autodenomina «mínima», porque no llega a las trescientas páginas⁶³, resultó muy desigual, aunque es interesante por su estructura, que se divide en tres partes: el «mundo autóctono», la más breve; la «dependencia colonial», también muy corta; y la «nueva dependencia», que abarca desde 1810 a nuestros días, que es la más extensa, donde yo mismo intervine con un capítulo.

P. Creo que ahora tienen ustedes un nuevo proyecto...

61. Se refiere a la obra, dirigida y coordinada por el Prof. Pedro BORGES, titulada: *Historia de la Iglesia en Hispanoamérica y Filipinas (siglos XV-XIX)*, BAC, Madrid 1992, 2 vols. (854 + 822 pp.). Sobre la complicada gestación de esta *Historia*, cfr. Pedro BORGES MORÁN, *Una nueva «Historia de la Iglesia en Hispanoamérica y Filipinas»*. *Autocrítica*, en «Anuario de Historia de la Iglesia» 2 (1993) 275-280.

62. *Historia de la Iglesia en México*, Porrúa, México 1993 (tercera edición revisada y adicionada). La primera edición data de 1974.

63. *Hacia una historia mínima de la Iglesia en México*, con un prólogo [póstumo] de Sergio Méndez Arceo, Editorial Jus-CEHILA, México 1994.

R. Sí. La Sociedad Mexicana de Historia Eclesiástica preparara un manual, no una «Historia» en toda forma, sino un manual que sirva para los estudiantes de Historia eclesiástica en los seminarios.

P. ¿Quiénes participan en este proyecto?

R. El proyecto está dirigido por el P. Roberto Jaramillo. Colaboran Ramón Aguilera, Jorge Garibay, Fernando Miaja, el P. Manuel Olimón Nolasco, el P. Jaime Barajas, el P. Francisco Morales, el P. José Camargo, actual presidente de la Sociedad Mexicana de Historia Eclesiástica, y yo mismo... Se trata de un equipo, como habrá comprobado, no sólo de eclesiásticos, sino también de investigadores laicos, especializados en campos muy determinados. Ya han empezado a llegar algunos materiales. Pensamos que a fines de este año 2000 podremos tener todos los originales.

P. Ustedes pretenden, además, transformar el Departamento de Historia Eclesiástica de la Facultad de Teología en un en un Centro Superior de Historia Eclesiástica: un Instituto o incluso una Facultad...

R. Esto está también en manos del Director del Departamento de Historia eclesiástica de la Facultad de Teología de la Pontificia, P. Jaramillo Escutia. Ya ha sido aprobado el plan de estudios por la Secretaría de Educación Pública. Va a tener, pues, carácter oficial. Será un diplomado o maestría, estructurado en cuatro semestres, con el nombre de «Maestría en Historia del catolicismo en México». Como ve, hemos evitado el término «Iglesia», para llegar a un acuerdo más fácil con las autoridades educativas de la República.

P. ¿Podría hablarme, para terminar, de la Sociedad Mexicana de Historia Eclesiástica?

R. Se fundó en 1974. Desde entonces hemos querido reunirnos, siempre con muchas dificultades, de todos los centros eclesiásticos, quienes somos amigos de la Historia de la Iglesia. Pero muchos se dedican a la microhistoria, a su región. Aunque son muy buenos, no encajan bien en un proyecto de Historia general de la Iglesia.

* * *

Es ya mediodía. Hemos terminado la entrevista, después de una larga conversación de varias horas. En la habitación presiden sendas fotografías, de gran formato, del P. Félix de Jesús Rougier (de joven sacerdote), y de la Sra. Concepción Cabrera de Armida. Salimos al exterior, donde luce un espléndido sol otoñal mexicano. Tomo un taxi y me dirijo hacia la UNAM, donde me esperan en el Centro de Investigaciones Históricas.

Josep-Ignasi Saranyana
Instituto de Historia de la Iglesia
Universidad de Navarra
E-31080 Pamplona
saranyana@unav.es